

El quietismo del amor

Por Sergio Rivas Salgado

Convencidos estamos del caos universal, se piensa que existe algún tipo de movimiento siendo que el universo se detuvo con la aparición del hombre. Toda la materia quedó esclerosada con el primer respiro de nuestro primer maldito ancestro. Los planetas se alejaron para no albergar hombres, las estrellas temieron ser pisoteadas y huyeron; el universo mismo tomó forma de infinito para no ser reducido a escombros por este pedazo de materia que espanta.

La nada que respiraba alegremente tenía Algo que le retaba, que le obligaba a deformarse, ese Algo apostaba por la perdición, quería que la Nada del universo se humillara y se dejara arrastrar por la vida. La Nada se dejó seducir, ella no podía ser afectada, ni todas las aberraciones juntas podían destituirle del trono, no podía ser afectada porque todo lo que era, era nada; no muerte, no vida, la materia cambiaba de forma a placer y con perfección, todo se invalidaba al momento de querer salir de su seno.

Una vez aburrida de su perfección, esa Nada dejó que algo produjera sus caprichos, la única advertencia era la pérdida de la inocencia y la formación del caos. El Algo, satisfecho de su ganancia respiró alegremente por última vez,



satisfecho de haber logrado su primera y nefasta empresa (la de convencer y convencerse que debía existir la vida, la existencia), conjuró todo lo podrido de la imperfección de saber que era Algo y dejó salir de sus excrementos al hombre para que reprodujera el primer ruido nocivo.

Fue entonces que la música cósmica desapareció de la faz del universo y se convirtió en simple e irritable ruido nocivo, la Nada la acogió en su aparente olvido, la poesía dejó de ser palabra cantada para convertirse en instrumento de ataque; las lágrimas llenaron las aguas del mar, la melancolía se refugió en la noche, la rabia se hizo día; la venganza se convirtió en suceso y la tristeza en tiempo. ¿Qué quedaba hacer después de ese primer despliegue de odio?

El Algo quedó suspendido en el tiempo, se le condenó a la eternidad, la Nada riendo convencida de su grandiosa broma salió del universo temporal para esperar la llegada de todos esos seres productores de historia. Dios y el Diablo se alejaron de sus sitios, abandonaron el terrible suceso y se refugiaron en sus cestos para recibir los productos de lo que debieron jamás aceptar, se aislaron para no tener que cargar con la desgracia que se había completado y por su cobardía se vieron sometidos a tener siempre presentes esa maldición que se llama hombre.

Dios y el Diablo al querer olvidar esa falla la patentizaron cada vez más en su agonía, no les quedaba nada por luchar, ahora son los castigos a vivir en el corazón de los hombres y vivir con ellos hasta el final de los tiempos hasta que se disuelva toda la vida, toda la materia consciente de su impotencia.

Es entonces que surge el amor, ese primogénito de la desdicha que al quererlo todo no puede con nada, que surge cuando el corazón siente el poder de regresar a ser parte de esa absoluta Nada, y el espíritu se lo impide porque si se llegara a realizar sería el contacto con el final.



El amor es el olvido del tiempo, la desesperación de Dios y el Diablo, la imploración a la disolución de esta mugre vida y del hombre, la necesidad de pisotear la naturaleza y germinar los frutos de la muerte.

Amar es dejar de producir ruidos (entre ellos hablar), y conjurar el regreso de la música cósmica pues de antemano se sabe que destruirá los oídos del hombre, desquiciará y lo impulsará a realizar la mejor de sus empresas: amarse como prójimos para apresurarse su gusto por la catástrofe, amar es procurarse la soledad mediante cantos que hagan recordar que estamos aquí por un descuido de Algo y una broma de la Nada; ambos ya hastiados de cargar en su ser la porquería que se produjo por esa necesidad de acto del primero y esa alteración del segundo.

La vida no tendría alegría si fuera siempre atentar contra el absoluto, la broma de la Nada fue su inocencia y por lo que quedará maldita por siempre, pues para que se olvide el tránsito del hombre por el universo, habrá de ser necesario otro universo que pueda producir un ser más siniestro, pero viendo las cosas como están la empresa es imposible.

La aparición del hombre sobre el universo marcó la destrucción de lo que pudiera aparecer después del tiempo, el hombre es un síntoma de lo podrido que quedará en la eternidad, y eterno es aquello que cuando deje de ser, incluso la esencia de ser, más allá de ser, cuando la música desaparezca y la poesía se vea disuelta en otra que dejará de ser adjetivada seguirá representando el error más grande jamás impuesto a las filas de la desgracia de que Algo pudiera llegar a ser algo.

El hombre parece ser un objeto digno de odio y ni de eso lo es, se entrega a todo y sus fuerzas no le alcanzan, olvidado en la existencia no se le puede pedir más de lo que es, producto de una enfermedad que se llama acto, no puede producir otra cosa que no sea síntomas de lo peor, de lo que desde siempre debió haber renunciado, ¿por qué si es el más apto para matarse no lo hace?, ¿por qué no acepta



su timidez y se acostaba a esperar su parálisis?, ¿por qué se deja dominar por su estúpida buena voluntad?, ¿qué lo obliga a sentirse el ser encargado de imponer un orden y establecer diferencias con los demás que han alcanzado grados mejores?

Cuando el hombre llega y se instala en la tierra todas las cosas se enterraron, los minerales se escondieron bajo tierra, perdieron la facultad de alegría y tristeza pero la ganaron en mutismo, los animales sólo se entristecieron o tomaron el aspecto de fieras, rugen o experimentan gemidos; las plantas, menos favorecidas, obligadas a presenciar el espectáculo mórbido humano se marchitan mostrando el destino de estar en la superficie.

No estando a la altura de reconocer que debía permanecer entre los animales, el hombre produjo su primer instrumento, mató y fue su primer estremecimiento, podía asesinar con sus propias manos y no era delito, pero su delincuencia natural lo obligó a producir artefactos, recayó sobre él la primera necesidad de establecer contiendas morales, de establecer lo bueno y lo malo, lo feo y lo bonito, la justicia; el amor y el odio. Su primera necesidad fue odiar lo malo y amar lo bueno. Su única reacción fue la [producción de ilusiones que le libran de la necesidad de ajustarse a su naturaleza de maldad.

Algo que sobrepasaba su corazón era lo que denomina Dios, le atribuyó bondad y belleza, esperanza y porvenir; como sus acciones no correspondían a ello, erigió otro que lo representara, que fuera su imagen pero en otro lugar y en otro tiempo: hizo su deseo de destrucción a futuro, la cantidad de vicios con que contaba no le permitían terminar de una vez para siempre con todo, así es que amó lo que no era y lo que no podía llegar a ser y detestó lo que era. ¡Así es el hombre!

Dios y el Diablo fueron los primeros en ser amados, el uno porque representaba la imposibilidad y lo que se podía



llegar a hacer y el otro por representarnos muy bien lo que éramos.

Los dos produjeron hastío, qué fácil le era al hombre ponerse a rezar y expiar sus culpas, por la otra parte qué irritante se le presentaba su verdadera imagen; lo que ocurrió es el olvido de Dios y del Diablo, ellos mismos se olvidaron y se alejaron del hombre, unos por optar su libertad, los otros por quererse librar de su conciencia. El hombre se sumergió en el delirio, quería poder y lo obtuvo, se quería reconocer como el mejor, y continúa con su ilusión, quería desembarazarse de Dios y lo condenó más, perseguía su libertad y construyó mejor su celda.

Tenía que haber otro desperfecto, un verdadero amante, aquél que no reconociera su “yo”, y sus acciones las condujera la bendita locura. La locura era inoperante, se ensimismaba y se auto reconocía, sólo Dios y el Diablo se dieran cuenta de ello y se lo quisieran esconder, su conciencia hizo el manicomio y el Estado estableció los parámetros de salud mental, se alzó el crucifijo y se confirió las carnicerías a Satanás.

Sucede que la locura no es natural, los bendecidos con esa gracia no pueden ser manchados con la sangre de Cristo ni marcados por las garras de Satanás, adquieren su locura gracias al amor, esa fuerza que ha sido invalidada en nuestro universo pero que desciende o emerge de lo que no es Algo ni es Nada. El amor es la agonía, esa lucha que se encarna contra la existencia por no poder decir “yo creo” y aceptar la humillación de verse atormentado por los excesos de estar siempre despiertos.

Observando el inicio de todas las edades y la desaparición de ellas, encadenado a presenciar la cobardía de Dios y el Diablo, cavando en su escondite para recordarles que de la obra que intentan alejarse cada vez se les acerca más, escupiéndoles a la cara por su pereza de no haberse arrodillado e implorado que no apareciese el hombre.



La maldición de los Dioses es la locura, ella misma es su maldición, les recuerda que no sólo está maldito el hombre sino ellos también; su maldición pesa por haber querido ser reconocidos y como la existencia es maldita en su origen, todo lo que existe finalizará en el olvido, allá donde la misericordia de Dios se la tendrá que dirigir a él mismo y el Diablo será la luz que guíe el camino.

El amor se asombra de ser lo que es, sólo él no está manchado con semen, sudor, lágrimas, tristezas y alegrías y sufrimientos.

El amor no se da cuenta que es, aparece con la sordera y el mutismo, se aleja de la palabrería y se alimenta de no poder ser. Sólo el amor no es consumible, es una pasión que olvida el cuerpo, el alma, el espíritu y los sentimientos, rechaza lo que es porque su transparencia reside en no ser. Platón advierte que el amor *inspira vergüenza de obrar mal y estimula al alma al logro del bien*, cuando debió haber dicho que el amor sólo inspira vergüenza si desea actuar y que el encadenamiento al bien sólo estimula las pasiones que tienen que ver con aceptar y hacer aceptable la ayuda que nadie necesita.

Plotino decía que *el amor no puede ser satisfecho*. Su arrogancia para con la vida le hacía proponer satisfacciones, le obliga a satisfacer los vicios, a buscar rutas de escape ante la exuberancia corruptora de la vida. Siempre invadidos por sus ilusiones. San Agustín dentro de sus esquizofrenias atribuía el verdadero amor a Dios, ¿acaso no se daba cuenta de la no intervención de sus Dios dentro de lo que no tenía poder alguno? *El amor es una necesidad vital del hombre*, dice San Agustín, cuando no se da cuenta que si el hombre sigue vivo es porque puede matar, odiar, reconocer y ser reconocido y que si ocupara algún lugar en las carencias humanas optaría por el suicidio.

El amor, dice Tomás de Aquino, es el primer acto propio de la voluntad. La voluntad, según nuestro punto de vista es una palabra que carece de sentido, y que sólo en la fornicación,



el asesinato o la cobardía la palabra adquiere significado. Pascal da en el clavo y dice: *El amor humilla a las demás pasiones*. El amor no fornicar, no se valoriza ni se encuentra en un espacio y en un tiempo, no tiene tiempo de establecer belleza o fealdad, no recurre a las conveniencias ni acepta que lo nombren. Apunta hacia el no-ser y sólo aquel que no es puede probar de sus delicias de por fin estar loco. *Lo que nos impide muchas veces abandonarnos a un solo vicio es que tenemos varios* (La Rochefoucauld).

